

CON ROBERTO PARRA EN SAN ANTONIO:

“¡Qué Tristeza! ¡Qué Pobreza! ¡Y Yo Botado por Estos Rincones!”

● Recorrimos con Roberto Parra sus recuerdos de La Negra Ester. Cerro arriba, cerro abajo, cada rincón del Puerto Rojo le trae a la memoria historias oscuras.



Sólo la fachada queda del Luces del Puerto: “Murió cuando se murió la Negra Ester. Ya no fueron más los marinos, estibadores, los pescadores. Ella gustaba mucho”.



Pensativo: “No sé qué cresta pensaba en ese tiempo. Pero Dios me perdonó. El siempre está listo para ayudar al que lo necesita”.

No se sabe el apellido de la Negra Ester.

Roberto Parra Sandoval, hombre al que ella detestó, amó, protegió e inspiró, no sabe su apellido. Cree que ya no hay nadie que se acuerde. Ha recorrido varias veces San Antonio y no ha encontrado rastros. Wiken caminó con él por las calles del puerto rojo, como le dicen a San Antonio.

“Paseábamos por el malecón con la Negra Ester, en las tardes. Y después entrábamos a un par de bares para tomar unos copetines; y cuando ya estábamos bien curados, nos volvíamos al cabaret a dormir para salir a trabajar más tarde”, cuenta Parra.

Hace 40 años que ocurrió todo lo que se relata en la exitosa obra de teatro “La Negra Ester”.

Dice que llegó a San Antonio —“andaba bien elegante”— y se encontró con un amigo que le buscó trabajo, como músico, en el cabaret donde está ambientada la obra: el “Luces del Puerto”. Conoció a “la Marina”, que estaba administrando un local cercano llamado el “Copacabana”. “Un día voy pasando por ahí, como a las diez de la mañana, el cabaret estaba cerrado, y me llama una mujer: ‘¿Sabe tocar la guitarra?’. ‘Claro’, le dije. Entramos y estaba la Negra Ester. Ahí la conocí. Lo pasamos bien, estuvimos hasta las once de la mañana siguiente. Ya estábamos todos curados cuando un tipo me pasó plata y me pidió que cantara la última. Me pongo a cantar la maldita canción de la ‘Escoria Humana’ y ahí perdí con la Negra”.

Es que a ella no le gustaba esa canción “porque la encontraba ofensiva para la mujer”. Para peor, Ester quedó con el sobrenombre en San Antonio: “En vez de decirle Ester, le decían Escoria, Escorita”, dice riéndose Parra.

“Que no lo sepa este fiato, me gusta hasta hoy zapato...”

Poco tiempo después, estaba parado afuera del “Copacabana”— una casa de madera de un piso, en el Cerro Alegre, que todavía funcionaba como cabaret— cuando apareció, ebria, la Negra Ester. “Yo estaba parado con mi guitarra y estaba saliendo el sol. Hela tan curada... Subió aquí y me dijo: ‘Hola maestro, vamos a la cama’. Fuimos, y dejé la guitarra en un rincón”. Ella despertó como a las cinco de la tarde, sin saber con quién estaba ni nada. Echó las sábanas



“Esta Fuente de Soda antes era un bar. Nos juntábamos con un amigo a curarnos. Pasábamos cinco días adentro, salíamos a buscar plata y otros cinco días de curadera. Aquí me encontré una vez mi madre”.

para atrás y gritó: “¿Con qué viejo estoy? Estoy con éste... con ‘Escoria Humana’”. ¿Y la noche, quién la pagó?”

“No”, le dijo. “Como iba a pagar la noche si usted me convidó, ¿no se acuerda Esterita?”

Siguió la revuelta. Ella le quitó la guitarra y lo amenazó con pasársela a su mantenido para que se cobrara de la cuenta. Siguió un largo alegato. Ya estaba partiendo, derrotado, cuando ella lo paró: “Por aquí tengo una máquina de afeitar que se le quedó a un cliente; mejor que se afeite antes de irse”. Después, la Negra lo perdonó: “¿Qué le vamos a hacer, lo bailao no te lo quita nadie!”.

Parra dice que después de ese incidente, “nunca más hubo bronca, nunca más groserías ni nada”. Descubrió otras cosas: “Le gustaba mucho el humor a la Negra Ester, era habilidosa. Nunca me tuteó; yo tampoco a ella”.

También era reservada. “No le gustaba salir a mostrarse en el día, tenía que ser mucho para que aceptara cuando yo la invitaba. Paseábamos por el centro y, donde había un negocio de vino, un picotón cada uno. Todo lo que juntábamos era para comer causeo y tomar”.

Ahora sabe que en realidad estuvo enamorado de la Negra Ester porque “veía todo tan lindo cuando estaba con ella. Para mí era muy fácil conquistar a una mina. Yo era más o menos cuando joven, tocaba lindo la guitarra. A la Negra la encontraba linda y a lo mejor era regularona, no más. También creía que el Cerro Alegre era como el paraíso y no es así”.

“Lo mismo me pasó con mi hija. Yo la encontraba como una muñequita no más, y un día la vi moviendo sus deditos y descubrí que era de carne y hueso, ¡qué alegría más grande! Yo no sabía lo que era una hija”.

Por lo menos tenía claro que “la Negra” era muy macanuda. Las mujeres más lindas de ese tiempo eran, para mí, la Negra Ester y la Fabia, una niña que se crió aquí en el puerto a patita pelada. ¡Qué la Welch... nada! Dicen que tiene casa todavía por acá.

—¿Y le robaba a usted la Negra Ester?

“No, todo lo contrario. Ganábamos plata para salir a tomar. Yo me la buscaba en dos partes: en la noche en el cabaret y en el día salía con mi guitarra hacia el puerto. Me regaló un sombrero una vez, relojes, pero eso era choreado directamente. Yo lo sabía”.

“Que me iba pa’ Reñaca; se daban mejor las papah”.

El la dejaba, a veces, como dice en la obra: “que me iba pa’ Reñaca; se daban mejor las papah”. “Yo la abandonaba porque vivíamos juntos no más, no teníamos una casa formada. Pero la última vez, cuando volví estaba viviendo con otro. Ya le había pegado un corte a la Negra en la cara. Ahí la pasé mal. Descubrí lo que era para mí la Negra Ester cuando ella ya me había olvidado”.

Una vez Roberto Parra se fue definitivamente y volvió 20 años después: “La Negra había muerto, ahora queda el recuerdo y la obra sobre ella”.

Al Luces del Puerto dejaron de ir los marineros, estibadores, pescadores y la juventud del puerto. “El cabaret murió

sin la Negra Ester, porque ella era muy solicitada por todos”.

—¿A ella le daba vergüenza su vida?

“No. A mí tampoco. Había una cosa muy rara. ¿A usted le gustaría que su mujer estuviera con otro hombre? Supongo que no. Acá, como cualquier cosa. Cuando ella se iba con un cliente con plata, yo sabía que después iba a tener para comer y tomar tranquilamente. Y si veía un cliente bueno, le avisaba. Si ahora alguien me dijera algo así por mí mujer, jamás, pero en la vida que yo llevaba en esa época era como lo más natural, y no sólo para mí”.

—Pero a usted le daban celos...

“Nada, nada, nada. Yo no sé que pensaba en ese tiempo”.

Parra sigue reflexionando, mientras camina por San Antonio: “Es que uno no sabe qué edad tiene ni cómo es la vida. Es una vida tan distinta. Uno no sabe lo que pasa en el día, vive de noche no más”.

“Puchas que somos fatales las mujeres del ambiente”.

En San Antonio, Parra tenía muchos amigos. “Casi todos murieron, por enfermedades, asesinados con cuchillo o a balazos: así mataron al King Kong, al Canario...”, recuerda mientras llega a un viejo bar, hoy convertido en fuente de soda.

“Aquí venía yo con mi guitarra. Con un amigo nos poníamos a tomar cinco días. Después nos buscábamos a una mujercita y cuando hacíamos un capital, yo venía a buscarlo y pasábamos otros cinco días. Se acaba la plata y a juntar de nuevo. Esa era la vida”.

Salte del bar y observa la calle en declive. Se ve la torre de la catedral:

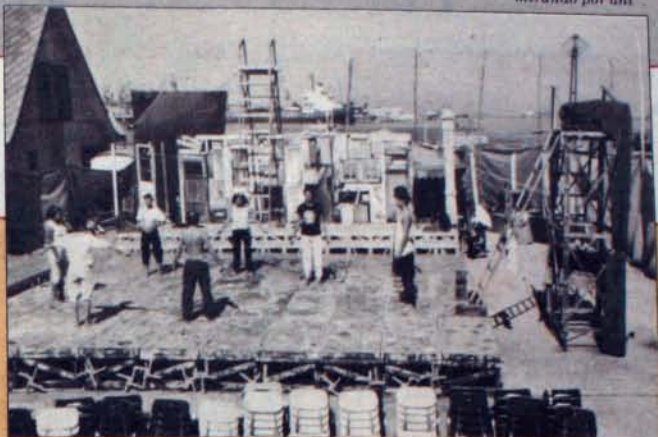
—Es observante de alguna religión? “Miro, no soy ni pentecostal, ni bautista, ni católico, pero tengo una fe en Dios que creo que soy uno de los hombres del mundo con más fe. El está esperando siempre para que le pidan, y ayuda alirto. Pero no voy a las iglesias. Cuando puedo ayudar al que sea, lo hago, y la satisfacción que queda para uno... A mí me han ayudado mucho también, especialmente mi hermano-padre, Nicanor. Ese no sé cuántos ternos me ha regalado en mi vida, ha sido muy bueno conmigo, por eso le digo hermano-padre”.

—¿Y no sentía que le estaba fallan-



Roberto Parra, como un homenaje a la Negra, desprendió el número de la puerta de Luces del Puerto y lo pegó en el suelo del escenario donde se ofrece su obra en San Antonio.

"Estoy seguro que la Negra revisó con esta obra. Debe estar mirando por ahí".



Roberto Parra en lo que queda de Luces del Puerto: "Yo estaba peor que este mendigo. El está 'peineta' pa' lo que era yo". "Le dí 100 pesos porque se cuánto necesita un litrito de vino, y con eso le alcanza para litro y medio".

do a Dios con esa vida tan agitada?

"No recordaba nada de eso. Tenía mi fe desde cabro chico, pero es que la vida yo la tomaba como que era mi trabajo no más. No sabía que me estaba echando los años encima ni los errores que estaba cometiendo. No me pasaba ni por la memoria. Parece que Dios me disculpó todo y entonces vengo a entender lo que cometí. La venta de la Negra, cuando le recomendaba clientes, por ejemplo".

—También era un mundo bien violento.

"Tremendo, [tantas muertes] Era por la borrachera. Casi siempre se peleaba por mujeres. Un botellazo que tira uno y que le llega equivocado a otro, es peña segura. Y se meten todos en la gresca, igual que las películas. Incluso por ser músico. Llega un curadito y le pide a uno una canción que se tocó recién; entonces uno trata de explicarle y le dicen 'toca pos...' y le llega un vasazo. Pero nunca me hirieron muy fuerte".

Parra se detiene. Estamos en el Centro Alegre.

En realidad no es muy alto. "Aquí vivía la Fabia", recuerda Parra: "Qué mujer más linda, parece que le veo su carita, allá arriba. A la hora en que no había músicos, me mandaba a buscar pero no me pagaba nada, porque sabía que a mí me gustaba ella. Era muy macanuda, con una mirada me helaba. La Negra no decía nada, no sabía".

Comienza a subir y al poco andar se detiene ante un árbol pequeño y añoso: "Un día llegó un tipo muy curado con un sacro. Yo estaba parado ahí, sin ni cobre, ni para tomar un vaso. El dijo que al que le cuidara la borrachera le iba a pagar 15 mil pesos y le iba a invitar un trago. Durmió toda la tarde y cuando despertó me preguntó si yo le había cuidado. Le dije que sí y me dio tres billetes de cinco mil. ¡Verdad! Me llevó por todas partes y a nadie más le convidó ni un trago".

Subimos unos pasos: "Esto era 'Luces del Puerto'", dice con un suspiro. "¡Mire como está todo!".

El lugar está terriblemente derruido. Parra golpea la puerta. Nadie responde. Ve un hilo y lo tira: "Miro que soy pillito". La puerta cede y un olor nauseabundo nos recibe. Aparece un

hombre, al parecer único habitante de lo que fue el cabaret. Es un mendigo sucio y harapiento.

Entramos: hay un perro y rumas de desperdicios por todas partes. El hombre está despertando, son las 4 de la tarde, y no entiende muy bien qué pasa. Está borracho.

Parra retrocede en el tiempo y recorre con la mente cada rincón de la casa, hoy sin techo y con sólo paredes delgadas que se sostienen por milagro. "Allá estaba el piano, yo me quedaba dormido detrás; allá estaba la cocina, todavía queda algo en pie. Ahí estaba el comedor, donde sacaban las multas y doña Hortensia nos ponía en apuros a todos", cuenta.

Termina su recorrido mental. Le da las gracias al hombre y le pasa unas monedas.

Comenta más tarde: "Ese hombrecito estaba muriéndose de sed, estaba transpirando. Yo por eso le di plata, porque con 100 pesos se alcanza a tomar un litro y medio. Y aunque no hubiera venido con usted también le habría dado, no ve que a mí me pasaba lo mismo. Me hice ocho veces tratamiento y ni un resultado. Ahora dejé el alcohol por la cuenta mía y hace mucho tiempo que no me tomo un trago".

"Cuando recién llegué al puerto estaba muy elegante, pero cuando me dejó la Negra Ester estaba... ¡buh!".

—Tan andrajoso como ese hombre? —No, ese anda bien todavía, anda a la pinta, *peineta* en comparación a como andaba yo, que no podía salir ni a la calle, ya no me dejaban ni entrar a un bar, sólo al de un amigo que me obligaba a lavarme la cara para servirme un trago".

Recuerda hasta el más mínimo detalle: "Aquí mandaba a lavar la ropa, pero después ¿qué ropa iba a mandar al lavado? No, ese hombre anda elegante al lado de lo que era yo; pero yo tenía mi guitarra, no la dejaba nunca".

Una vez su mamá lo fue a buscar. "Me encontré en el bar ese donde tomaba cinco días seguidos. Ella me contó que me había buscado preguntándole a los lustradores, a los más atormentados; 'Acaso le doy para una caña ¿usted me diría si ha visto a un hombrecito con una

guitarra por ahí?'. «¡Ah, Parrita!», decían ellos. Y así, hasta que me encontré. ¡Qué güena mamita tuve yo!".

Sigue su recorrido y siguen los recuerdos: "Aquí pelearon por una mujer. Un joven le pegó 32 puñaladas a Oscar Bravo, por aquí cayó", dice acercándose a una casa.

Otro recuerdo: "Más arriba murió un cabro jovencito. Entré a una pica y le dije a la señora que me convidara un trago y me dijo que bueno. Me quedé a la entrada del baño a tomarme mi vino y salió un cabro y me pidió que le cuidara la pistola: 'ando curao, me dijo, y espirituario porque puedo matar a cualquier...'. "

—Amigo, dónde la voy a poner yo, le respondí, porque no quería líos.

—Guárdemela, por favor, voy a matar a alguien esta noche y quizás por qué será.

En esto estábamos hablando así cuando aparece un fulanito que iba al baño. Nos gritó: «¡Dejen pasar m...!». «¿A quién le decís?», le respondió el cabro y ¡pum! cuatro balazos. Ahí mismo cayó. «Hágase humo», me dijo la señora. Es impresionante ver como matan a alguien, parece que hubiera sido uno.

Parra asegura que esa misma noche fue cuando mataron "al Canario", parece que por venganza. "El King Kong también cayó aquí".

"Es tan distinta la vida del ambiente, hay que vivirla primero para contarla

después. Yo escribí la Negra Ester por que se cómo es esto".

El comentario le sale de adentro: "¿Qué tristeza, qué pobreza, yo, botado por estos rincones?".

"Por acá tenía un amigo, Oscar Bravo, al que mataron de 32 puñaladas, que me dijo: 'Roberto, si usted muere primero yo le voy a ir a rociar la tumba con vino; y si yo muero primero, usted va a rociar mi tumba'. Parra jura que fue con un vasito de vino a cumplir su promesa.

No quiere terminar sus recuerdos sin un agradecimiento: "Ponga por favor que todo este éxito se debe a lo talentoso que es Andrés Pérez y a los actores, todos tan buenos. Yo no me imaginé nunca, cuando llegó Willy Semler a mi casa y me dijo 'Roberto, este va a ser el director de la obra'. Yo miré a este negrito medio raro y lo saludé y no le dije nada más. Como él es tan humilde me dijo 'leí su obra y me gustó mucho, pero vamos a tener que modificarla'. Yo creí que quería cambiarme algunas palabras al libro y le dije: 'No, eso es intocable'. Me empezó a explicar y se me empezó a abrir la visión: había contado mi amor, pero no había descrito la vida interna de este ambiente. Y se la contó, tal como se la he contado a usted".

Texto: Irán Valenzuela
Fotos: Jorge Rodríguez.